

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

VICENTE BUESO



Justa fama le acompaña;
que en mérito y estatura
no hay barítono en España
que *raye* á mayor altura.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada. — Sistemas de hacer comedias, XI, por Luis Calvo y Revilla. — Esta ya es otra Isabel, por Eduardo Bustillo. — El socio, por Jacinto O. Picón. — Ganga doméstica, por Juan Pérez Zúñiga. — Ilusiones, por José Estremera. — Miniatura, por Sinesio Delgado. — Chismes y cuentos. — Correspondencia particular. — Anuncios.

GRABADOS: Vicente Bueso. — Los festejos. — Anuncios, por Cilla.



La lluvia ha venido á echar por tierra gran parte de los festejos.

En primer lugar, se ha aplazado la serenata con que iban á obsequiar los estudiantes españoles á los extranjeros. Habíanse dado cita en la carrera varios novios de esos que se valen de la oscuridad para comunicarse sus amores, y en la sección de *Avisos útiles* de *La Correspondencia* leíanse misivas del tenor siguiente:

«K. K.—Estaré noch... 19 cerc... pil... Puer... Sol, aunq... rab... tu mam... á quie... aborr... Cad... di... me pare... mas fe... Te... ador... siem... siem... tu enam... Restit...»

Algunas familias que tienen la suerte de vivir en buenas calles habían ofrecido sus balcones á las personas de su particular aprecio en estas ó parecidas palabras:

—Esta noche pasará por delante de casa la juventud escolar. Pueden ustedes venir con toda confianza.

Algunas habían llevado su celo hasta el punto de comprar dos ó tres kilos de pastas surtidas para obsequiar á los visitantes, y acaban por comérselas á solas en el seno del hogar, en vista de la suspensión de la serenata.

—Hoy no traigas almuerzo—dijo alguna señora á la doméstica. —Nos comeremos las pastas escolares.

Y, efectivamente, la familia vive sujeta á las pastas desde el día 19, porque es lo que dice la señora:

—Ya que hemos hecho el gasto, no vamos á dejar que se estropeen los comestibles.

Es indudable que los festejos han nacido con desgracia. El mismo Bosch, con ser todopoderoso, lucha con serios obstáculos para organizar la cabalgata, y á la hora en que escribimos las presentes líneas aún no se sabe quién desempeñará el papel de reina católica ni quién hará de Boabdil. Se ha ofrecido este puesto á un carbonero, algo morisco, que tiene una fisonomía adecuada y es hombre de fuerza; pero él dice que no sabe montar, y teme que el caballo le despida por las orejas.

—Bueno—dijo un concejal,— que monte en burra.

—De ningún modo—replicaron los demás ediles.—Eso le quitaría mucho carácter.

—Pues yo no me expongo á llevar un batacazo.

En vista de la oposición del carbonero, se trata de sacar á Boabdil en una cesta conducida por tres barrenderos vestidos de salvajes, aunque sufra menoscabo la verdad histórica.

Lo de Doña Isabel es algo más difícil de arreglar, porque hay dos candidatas: una de ellas sirve en casa del alcalde como ama seca y otra ha sido lavandera de Martínez Campos y goza, por consiguiente, de gran influencia en la actual situación política.

Aparte de estas dos, el alcalde recibe cartas todos los días, que dicen, poco más ó menos:

«Amigo mío y correligionario: Recomiendo á usted con todo interés á la dadora de la presente para que la coloque usted en la cabalgata como reina católica. Es mujer de gran disposición para todo, con un escote muy blanco y una mirada bastante angusta. Suponiendo que tenga que cantar algo, nadie podrá hacerlo me-

jor que ella, pues es una especialidad en los tangos.—Queda suyo, etc.»

Casi todas las aspirantes se han fijado en el papel de reina; en cambio, ninguna quiere hacer de Juana la Loca, porque les parece poco decente el adjetivo.

—Mire usted—aseguraba una,—de mí nadie ha tenido que decir la cosa más insignificante, y no quisiera hacer papeles feos. Eso de que me llamen *loca* me da mucha vergüenza.

—Lo de loca no lo dicen en el sentido que usted se figura—objetó un concejal conocedor de la historia.—Doña Juana era una persona muy decente.

—Pues entonces que se le cambie el nombre, y en vez de la *loca*, que se le llame la *dementa*.

Con motivo de la prueba de los trajes, verificada el otro día, hubo cuestiones serias entre los diferentes sujetos que han de figurar en la cabalgata. Un *heraldo* se lió á cachetes con varios *ballateros*, sobre la posesión de unos calzoncillos del siglo XV; dos indios completamente bravos riñeron entre sí, por cuestión de unas copas, y *Fray Diego de Deza* le atizó un puñetazo á *Don Fernando el Católico*, por si á éste le daban una elástica mejor que la suya.

En fin, por ahora no se han resuelto las dificultades ni hay todavía un *Cardenal Mendoza* que sirva para el caso, porque el que se ha ofrecido á la comisión de festejos tiene toda la nariz carcomida de las viruelas y además es bizco.

Los que aman las glorias de la nación y se interesan por el mayor brillo del Centenario, andan tristes y macilentos en vista de los obstáculos que se presentan todos los días.

Lo único que les alegra es el Congreso espiritista, donde se leerán las últimas cartas recibidas de Colón, en una de las cuales da las más repetidas gracias á la comisión del Centenario por sus buenos oficios, y acaba enviando muchos recuerdos para Sánchez Moguel.

Este sí que es un verdadero festejo.

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XI

Busco una idea, que ora comparece
en forma de pasión,
ora como problema irresoluble
para el mismo *Círod*.
De la idea resultan personajes;
éstos me dan la acción.
Enciérrolos á todos en mi mente
una semana ó dos;
les obligo á tratar del pensamiento
que aquélla concibió,
y á poco se arma entre ellos tal barullo
que ni el de Cristo es Dios.
Por este medio encuentro situaciones
y frases y color.
De aquel batiborrillo extraordinario,
previa docta elección,
hago tres apartados mentalmente
con su número *ad-hoc*.
Ordenado el primero, le doy forma:
acto de exposición;
en tanto que éste escribo, aunque no quiera
pienso en los otros dos,
y al terminar aquél, está arreglado
el segundo montón;
así, cuando éste acaba, lo está el otro
sin esfuerzo mayor.
¡Qué valen para mí mientras trabajo
Lope ni Calderón!
Los aplausos me atruenan; los laureles
caen á mi alrededor,
y me llaman cien veces al proscenio,
y hasta saludo yo
al público, que juzgo en mi despacho
al lado del balcón.
Entre sueños, quimeras y esperanzas
termino mi labor;
entonces me parece aquel prodigio
un buñuelo feroz.
Lo corrijo; lo pulo, lo deshago;
lo vuelvo á hacer peor.
Al fin, sin ilusiones, á la escena
lo doy del *Español*.
Muéstrase el auditorio complaciente,
pues siempre me aplaudió;

me da un palo en la prensa algún amigo
á quien perdone Dios,
y al liquidar, me entregan unas cuatro
pesetas por función.

LUIS CALVO REVILLA.

ÉSTA YA ES OTRA ISABEL

La que es gloria de dos mundos
de los siglos a través;
aquella piadosa Reina,
de monarcas honra y prez,
en las fiestas colombinas
que dan que hablar y que hacer,
le trae recuerdos muy tristes
á mi amigo don Senén.

Tras los fuegos de artificio
me dijo el pobre anteayer,
echando gotas de llanto
en su taz: de café:

—«¡Ay! también era católica
mi ya difunta Isabel,
la madrileña más linda
que ha rezado en San Ginés.

»Visitaba en jueves santo
altares de diez en diez,
y en miércoles de ceniza
escuchaba el *pulsis es*.

»Ni novena perdió nunca
ni sermón quiso perder,
ni á jubileo faltaba
en Santiago ó San Andrés.

»¡Qué hermosa estaba, Dios mío,
aquella mañana en que
del atrio en las escaleras,
con carita de clavel,

»al verme bajó los ojos
para mirarse aquel pie
que estaba pidiendo besos
al más santo feligrés!

»¡Ay! no fué el pie, fué la mano
que tembloroso toqué
al darle el agua bendita,
la que pedí el día seis,

»y que ella me dió gozosa
el trece del mismo mes,
y en martes, para que fuese
necia á más no poder.

»Sí, señor; la Isabelita
católica que adoré
y que hice, ciego de amores,
en mal hora, mi mujer,

»siguió visitando iglesias,
y luciendo entrambos pies,
y dando á muchos la mano
que vo por santa besé.

»Y, tra: las *Cuarenta horas*,
me robaba dos ó tres
para irse, de Dios bendita,
á engañarme con Luzbel.

»Hasta que aquel bello rostro,
que yo al tálamo llevé,
fué con viruela al tálamo
hecha un harnero la piel.

»Esa es la ejemplar historia
(que nadie ha e crito después)
de la que espejo diabólico
de las Isabeles fué.

»Tan fiel hija de la Iglesia,
aun que esposa tan infiel,
por lo que rezó en el mundo
perdónela Dios, *amén*»

EDUARDO BUSTILLO.

EL SOCIO

Isidoro Loranca llegó á Madrid de diez y seis años, y tan pobre, que por no tener para viajar de otro modo, vino sirviendo de cargador y ayudante al ordinario de su pueblo; estuvo luego de mozo algunas semanas en una posada de la calle de Segovia, y por último, entró de recadista en una camisería y tienda de sedas, cuya muestra decía en gruesas letras doradas: *Al gran mundo*.



Como era inteligente, laborioso y muy sufrido, le pusieron pronto á vender, y algún tiempo después, por muerte de un compañero, ascendió á primer dependiente.

Su gran virtud era el amor al trabajo; su gran pecado, la codicia: estando tan ligada á esta mala pasión aquella buena cualidad, que no trabajaba por asegurarse el porvenir, sino por placer de ahorrar.

No tomaba en verano refresco que no fuese de convite; y en invierno, por no gastar en ropa de abrigo, se ponía entre cuerpo y camisa grandes trozos de papel de envolver.

Al segundo año tenía economizado el sueldo de diez y nueve meses; al cuarto, comenzó á prestar en cortas cantidades con interés usurario á porteras y criadas; al quinto, compró géneros que despachaba por cuenta propia, valiéndose de vendedores ambulantes; finalmente, á fuerza de privarse de todo, guardar mucho, gastar poco y ganar algo, pudo cierto día, con ocasión del pago de una letra, sacar de apuros á su principal, haciéndole un pequeño préstamo, y pidiéndole que en pago de la deuda le diera participación en los negocios.

El criado se convirtió en socio, y desde aquel día fué desplegando para medrar y enriquecerse toda la actividad é iniciativa de que era capaz.

El hasta entonces dueño de la tienda se fió de él, concediéndole incautamente excesiva libertad de acción, y al segundo balance que hicieron, resultó que dos tercios de las existencias y los créditos á favor de la casa eran de Loranca, apareciendo el antiguo propietario entrampado y comprometido. Entonces se brindó á pagar las deudas, quedándose por dueño del establecimiento, cerróse el trato, y así entró en la clase de los que tienen

algo que perder el que llegó á Madrid arreando mulas y descargando fardos. Siguió diciendo *haiga, mecachis y velay*, pero se hizo ropa á su medida, sombrero de copa alta, usó botas en vez de zapatos blancos y frecuentó el café sin acostumbrarse á dar propina. En cuanto á la tienda, decidió explotar principalmente la camisería, tomó un buen cortador y recibió oficialas que unas noches iban á recoger y otras á entregar su trabajo.

Hasta allí no había sido mujeriego ni enamorado: sus amores fueron encuentros momentáneos con criadas de la vecindad y aprendizas de modista; mas á partir de aquella época el trato continuo y autoritario con las costureras, el descaro de unas, la malicia de otras, la pobreza de todas y la facilidad de contentarlas pagándolas parte en dinero y parte en trabajo, le sirvieron de aperitivo, desarrollándosele tal hambre de amor, amor grosero por supuesto, que los vecinos llamaban á la camisería *el serrallo*. Era en el barrio cosa sabida que ninguna mujer guapa podía ir á pedir labor como no estuviese dispuesta á dejar de ser honrada.

Esta fama tenía cuando una noche se le presentó, recomendada por tarjeta de otro comerciante, una muchacha de diez y nueve años, bonita sin ser un prodigio de hermosura, modesta al parecer, airosa y muy seria. No parecía menestrala ni chica criada á puerta de calle, sino señorita venida á menos. Verla Loranca y proponerse su conquista todo fué uno. Inútil empeño: distinciones, preferencias, ofrecimientos, promesas, halagos, nada dió resultado. La actitud y las respuestas de Juliana, que así se llamaba la nueva costurera, podían reducirse á esta sola frase, dicha unas veces con graciosa coquetería y otras con salvaje entereza: «Casarnos... puede; lo otro, ni pensarlo»

D. Isidoro, acostumbrado á lo otro, no hizo al principio caso y esperó; mas al cabo de algún tiempo, convencido de que, fuese virtud, fuese cálculo, Juliana era inconquistable, se obstinó en lograr lo que deseaba comenzando á hacerse esa infinidad de razonamientos que discurre, para persuadirse de que obra bien, quien está decidido á salirse, cueste lo que cueste, con la suya. «Mujer que de ese modo resiste es buena. ¡Qué guapa! Y la más fina que pisa la tienda. Trabajadora como la primera... A mí no me conviene una señorita gandula... ni puedo pasar la vida solo como un hongo. Me hace falta mujer... La cosa no puede seguir así... ¿Es pobre? Pues todo me lo tendrá que agradecer.» Una noche D. Isidoro se plantó en el sotabanco de Juliana, y como no quiso abrirle, por el ventanillo tuvo que decirle la resolución que acababa de tomar. Ni aun así descorrió el cerrojo, limitándose á contestar: «Al oscurecer ire al almacén y hablaremos.»

El resultado de la conversación, con el mostrador por medio,

fué la boda. Quiso el novio exigir en anticipos parte de las dichas que habían de ser legítimas, pero hasta después de casada no puso ella los pies en la trastienda, tumba de otras virtudes, y cuando se veía muy apremiada, contestaba rechazando caricias entre burlas y veras al mismo tiempo que decía: «Yo no soy de las que se comen el cocido antes de las doce.»

Loranca se casó enamorado, según creía; Juliana, deslumbrada por la tremenda diferencia que existía entre la posición de ambos. Además le parecía buen mozo, y fuera de la nota de mujeriego y tacaño, no tenía mala fama. La afición á las faldas ella la modificaría en provecho propio, y en cuanto á lo de miserable, ya se iría corrigiendo.

Un año de matrimonio convenció á Loranca de que tomó el capricho por pasión, y á su esposa de que para ser feliz no bastaba llamarse D.^a Juliana ó *la señorita*, usar sombrero y tener tienda lujosa.

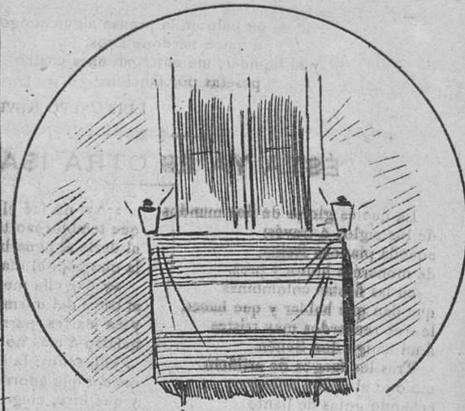
El cálculo interesado de ella y el carnal enamoramiento de él alejaron la dicha en vez de procurarla, contribuyendo también á que sucediese así una circunstancia poderosa de que no se daban cuenta. Loranca, propietario y rico, seguía tan ordinario como cuando llegó á Madrid, en tanto que Juliana se fué rápidamente puliendo y afinando de tal modo en dichos, trajes y maneras, que nadie podía adivinar en ella la humildad y pobreza de su origen.



LOS FESTEJOS



La procesión escolar se celebró en medio del mayor orden.



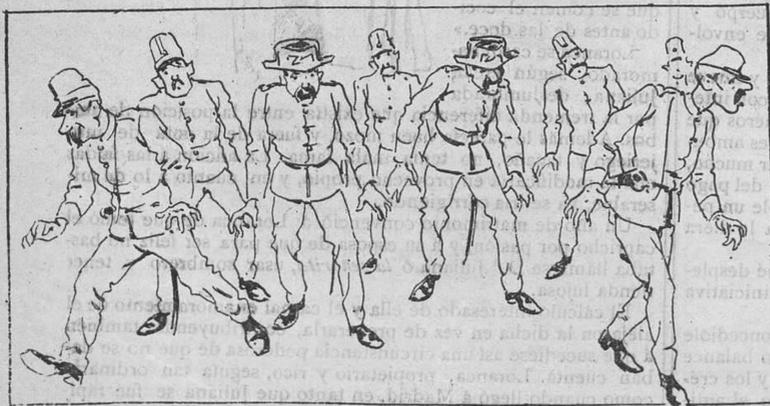
Los extranjeros se han quedado asombrados de la magnificencia y novedad de las iluminaciones. ¡Y el caso no era para menos!



¡Oh, juventud fogosa!
¡Oh, perra suerte mía!
¡Me han roto los cristales de la contaduría!



—No hay que desesperarse. Todavía falta lo mejor de los festejos.
—¿Cuál? ¿La cabalgata?
—No, señora: el Congreso de espiritistas, que va a ser muy bonito.



—Andamos como energúmenos sin encontrar al ladrón que se ha comido tres árboles de la plaza de Colón.



—¡Qué lástima que se haya echado todo a perder por esas cuestiones del directorio! ¡Ahora que estábamos tan guapos y llamábamos tanto la atención con estos uniformes!



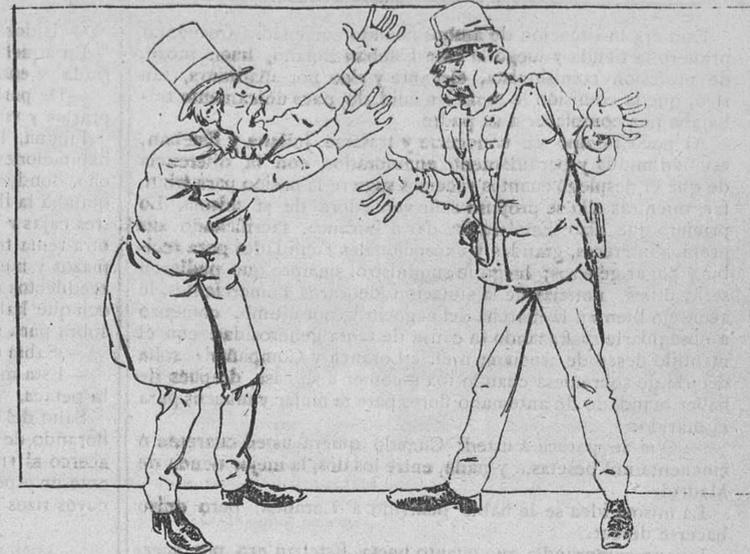
«...Toca los del pueblo sus tienen mucha envidia, porque dicen que sus estáis divirtiendo...»



—Diga usted, don Ventura, ¿dónde está Lope?
—Se ha ido. Dice que nosotros seremos muy ilustres y muy hijos de Madrid, pero que él no tiene el gusto de conocernos.



—¡Aprovechaisus, aprovechaisus, que pa vosotros son los fuegos!



—Esta disolución del Congreso de librepensadores es un atropello. ¡El pensamiento no tiene trabas!
—Por eso le echamos a usted a la calle y le dejamos en libertad de pensar de nosotros lo que se le antoje.



—¡Que nos devuelvan los cuartos!

Esta era la situación de ambos cuando comenzó á frecuentar primero la tienda y luego la casa Esteban Bolaño, buen mozo, de profesión comisionista, elegante y rico por añadidura, tan rico, que la comisión le tenía sin cuidado, pues únicamente trabajaba por complacer á su padre.

Al poco tiempo de conocerse y tratarse Juliana y Esteban, estaban mutua y perdidamente enamorados, con la diferencia de que él desplegó cuantos recursos sugiere la pasión para triunfar, mientras ella se propuso salir vencedora de sí misma. Lo primero que hizo Esteban fué dar á Loranca, sacrificando sus propios intereses, grandes y excepcionales facilidades para recibir y pagar géneros; luego le suministró, siempre que pudieron serle útiles, noticias de la situación de otros comerciantes, le aconsejó bien en la marcha del negocio y, por último, comenzó á obsequiarle disfrazando la causa de tanta generosidad con el mentido deseo de asociarse á él. «¡Loranca y Compañía!» solía decirle de sobremesa cuando iba á comer á su casa, después de haber mandado de antemano flores para la mujer y tabacos para el marido.

—¿Qué le parece á usted? Cuando quiera usted cuarenta ó cincuenta mil pesetas... y nada, entre los dos, la mejor tienda de Madrid.

La misma idea se le había ocurrido á Loranca, pero quiso hacerse desear.

Juliana comprendía que cuanto hacía Esteban era por acercarse á ella para tener fáciles ocasiones de verla, y comparando al pretendiente con el marido, iba sintiéndose divorciada en espíritu y culpable con el pensamiento. La imaginación y el deseo pecaban en ella sin auxilio de la voluntad. Por fin, aterrada ante aquella insurrección de sus sentidos, una noche, á solas con su marido, le dijo:

—Tengo que hablarte. Mañana viene á comer Esteban, ¿verdad?

—Sí. Qué buen chico, ¿eh?

—Pero viene á comer muy amenudo.

—¿Y qué?

—Que yo me canso demasiado en disponerlo y prepararlo todo; las muchachas quedan rendidas... tanto plato que fregar... tanto cubierto que limpiar, tanto vaso... A las doce no acaban.

—Algo de eso se me ha ocurrido á mí también. Hay que tomar criado.

—¿No valdría más que cuando quisieras convidarle le llevases á la fonda?

—Sale más caro y me hacen daño las salsas.

Juliana vaciló un instante antes de hablar, y luego resuelta-mente dijo:

—Puede que fuera mejor que no viniese con tanta frecuencia.

—¿Cómo? ¡No te entiendo!

—Ya lo veo. Pues hasta las criadas lo han notado.

—¿Qué quieres darme á entender?

En aquel momento la vacilación de Juliana fué más larga: sólo al cabo de algunos segundos se atrevió á sonreír picarescamente, diciendo:

—Figúratelo. ¿Me das palabra de ser prudente? Pues... como viene tanto, hablan de él... y de mí... y de ti quiero evitar que hablen.

Loranca soltó la carcajada, y llevándose las manos á la cabeza exclamó:

—¡Qué barbaridad! Es decir, que no puede uno tener un amigo, un socio, porque ya lo he resuelto, sin que... Vaya, vaya, tú ves visiones. ¡Habrá estúpida!

—Te digo que me hace el amor.

El marido la miró furioso, volvió á echarse á reír, y por último, fingiendo que procuraba serenarse, dijo con la mayor tranquilidad:

—Bueno, déjale... ya se le pasará...

La mujer, asombrada y atónita, no podía comprender la actitud de aquel hombre.

Temerosa de lo que adivinaba, cortó el diálogo y se propuso observar á su marido.

Al día siguiente Esteban fué á comer con ellos, y en el momento de ir á tomar café, sin levantar el mantel como tenían costumbre, dijo Juliana á la criada:

—Muchacha, llévalo todo á mi gabinete y ponlo en el veladorcito: allí lo tomaremos—y dirigiéndose á Loranca añadió:—Allá voy con Esteban: vé tú al despacho y tráele un cigarro bueno.

Esteban la siguió entre sorprendido y gozoso, porque aun habiéndoselo pedido muchas veces, era la primera en que procuraba quedarse unos minutos sola con él.

Fueron al gabinete, se sentaron á esperar á Loranca, le echó ella en su taza el café que había de tomar, y como tardase, se acercó á la entrada del pasillo llamando:

—¡Isidoro... Isidoro!

En aquel instante sonó la puerta de la calle violentamente cerrada, y entró la doncella en el gabinete con este recado:

—De parte del señor, que no tenía cigarros, que ha ido á comprarlos y vuelve enseguida.

Juliana, lívida y temblorosa, dejó solo á Esteban, corrió á las habitaciones de su marido y abrió el cajón de la mesa de despacho, donde sabía que guardaba los tabacos y del cual nunca quitaba la llave, porque no había en la casa quien fumase. Vió tres cajas y levantó las tapas. Una, sin empezar, era de conchas; otra tenía treinta ó cuarenta brevas, y en la mayor había tres mazos y medio de cazadores grandes, frescos y riquísimos, los predilectos de Loranca para después de comer, y los mismos con que había obsequiado á Esteban otras veces... Tabaco de sobra para un mes...

—¿Sabía el señor que tenía esto aquí?—preguntó á la doncella.

—Esta mañana le he visto yo andando en ese cajón y llenando la petaca.

Salió del cuarto la criada, y Juliana se dejó caer en un sillón llorando de ira y de vergüenza... Pasó un rato muy largo... se acercó al vidrio del balcón... Nada. Entonces, contemplándose ante un espejo, se enjugó las lágrimas y, sin arreglarse el peinado, cuyos rizos tenía deshechos, tomó el mejor mazo de cazadores,



y tornando al gabinete, donde Esteban paladeaba el último sorbo de cognac, le dijo con una sonrisa indefinible, casi sin desplegar los labios:

—Fume usted.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

GANGA DOMÉSTICA

(Á MI AMIGA MARUJA DOBLADILLO)

Permite que te cante ¡oh Marujita!
y que envíe de paso á tu Severo,
pues contigo se evita
darle al sastrero dinero,
lo cual en este tiempo es cosa grave.
Ya todo el mundo sabe
que tú arreglas la ropa de verano
y de invierno á tus hijos, á tu esposo
y aun creo que á tu hermano,
y que tienes un corte distinguido
y que eres excelente quitamanchas
y mártir de las planchas
(no aludiendo á las que hace tu marido)
y antítesis, en fin, del guarda-agujas,
porque tú no las guardas ni un instante
y tu mollera estrujas
á fin de que la ropa esté flamante.

Para tí ya no hay fiestas.
Es más: hasta te acuestas,
si con agujas no precisamente,
con agujetas sí. (Por de contado
que aquí no aludo al picador valiente.)

Ya sé que el mes pasado
de una levita vieja de tu esposo
le has hecho una chaqueta á Camilito
y un chaleco á Pepito
y un traje á Sinforoso.
Sé que de tu famosa manteleta
de color de castaña pizpireta
sacaste unos cuchillos á Severo
para sus pantalones azulados
y dejaste arreglados
el gabán de Pepito y el de Antero,
después de remendar la cazadora

del chico más pequeño, en una hora,
con las mangas de un traje de Teresa
y el forro del tapete de la mesa.
¿Pero no sabes lo que más me admira?
Que de un traje de lana, de Camilo,
le hayas sacado á Elvira
un cuerpo de astracán con vistas de hilo.
¡Qué habilidad la tuya, cielo santo!
¿Cómo discurre tanto?
En fin, para acabar, sé que has deshecho
un vestidillo que te estaba estrecho.
De la falda, quitándola el volante,
has hecho varias prendas á tu gente,
y del cuerpo... ¡Maruja, es sorprendente
lo que has hecho del cuerpo en un instante!
Yo te admiro, Maruja,
y al verte hacer milagros con la aguja
no me atrevo á mostrarme pesaroso
de que no estés vacante;
¡mas déjame siquiera que te cante
y que envíe al mastuerzo de tu esposo!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

ILUSIONES

I
Me voy, me voy del lugar...
¿Dónde? Lejos... donde sea;
que esta vida de la aldea
no la puedo soportar.
Más espacio el alma ansía.
Yo sé que hay tras esos montes
los extensos horizontes
que soñó mi fantasía.
Capaz de todo me siento,
que tengo en el corazón
noble é inquieta ambición
y alas en el pensamiento.
Se me acabó la paciencia;
la lucha me es necesaria;
que esta vida sedentaria
atrofia la inteligencia.

Yo tengo otras ilusiones
y no se me importa nada
oir hablar de la cebada
y ver engordar lechones.
Mi alma ilustrarse procura,
y aquí me embrutezco con
la insulsa conversación
del boticario y el cura.
Sostengo lucha cruel
porque siento el pecho henchido
de un amor no comprendido
y no sé qué hacer con él;
pues no conocí hasta ahora
más belleza que adorar
que la modesta y vulgar
de mi prima Nicanora.
En fin, esto no me agrada;
madre, vengan mis trebejos,
que me voy lejos, muy lejos,
á ser ó César ó nada.
Corro en busca de la suerte

y la lucha no me aterra,
que he de hallar en otra tierra,
ó la victoria, ó la muerte.

.....
¡Ea, en marcha, que ya es hora!
Adiós, triste caserón
y madre del corazón
y primita Nicanora.
Vaya, no llores así,
madre, que pronto seré
muy rico y por tí vendré
para sacarte de aquí.
Otra vez los brazos... ¡Ea!
pues que todo está corriente,
adiós, Luis, Antón, Vicente...
¡Arrea, muchacho, arrea!

II

Adiós, me vuelvo al lugar;
era toda mi ambición
reunir medio millón
y lo he sabido ganar.
¿Que qué voy á hacer ahora?
Pues allí me compraré
finca y me casaré
con mi prima Nicanora.
Y en una modesta holgura
harán mi felicidad
su cariño y la amistad
del boticario y el cura.
Y serán mis distracciones
ir á ver de madrugada
cómo crece la cebada,
cómo engordan los lechones.
Para eso solo dejé
la tierra donde nació:
la fortuna que hice aquí,
allá me la gastaré.

JOSÉ ESTREMERÁ.

MINIATURA

Rodearon la mesa los alumnos
de una sección de práctica anatómica
con las blusas de vivos amarillos,
las pinzas, los cuchillos y las sondas.
El mozo de la sala quitó el lienzo
que cubría el cadáver, y en la losa
quedó el de una mujer cuya hermosura
vió á aumentar la nitidez marmórea
porque la muerte, compasiva acaso,
respetó las bellezas de la forma.
Mudos de admiración los estudiantes
pensaron á la vez: —¡Cielos! ¡qué hermosa!
y uno añadió en voz alta: —Fuera un crimen
profanar con las manos pecadoras
tan prodigiosa criatura. ¡Amigos,
vuelvan los escalpelos á la bolsa,
y el Supremo Hacedor reciba intacta
la más perfecta acaso de sus obras!
—¡Alto! dijo otro alumno. Yo protesto.
La ciencia no distingue ni perdona.
Si este cuerpo sirvió cuando vivía
para incentivo de pasiones locas,
ya que se va á pudrir, que sirva al menos

para estudiar las ramas de la aorta...
¡y perdone por Dios la madre tierra
cuando deshecha la armazón recoja!

SINESIO DELGADO.

CHISMES Y CUENTOS

Los señores administradores de periódicos que no tengan corresponsal en Béjar pueden dirigirse con toda confianza á D. Matías Calzada, de aquella población, que se encargará de la venta con mucho gusto.

Lo que no hará, como si lo estuviera viendo, será pagar sus cuentas á las administraciones, y si alguno tuviere la candidez de girarle, devolverá la letra tan fresco, sin decir esta boca es mía ni este dinero es de ustedes.

Al menos, eso es lo que ha hecho con nosotros.

Conque, ya lo saben ustedes, compañeros: D. Matías Calzada, Béjar. No equivocarse.

El Sr. Carulla no ha ido á Sevilla á tomar parte en las deliberaciones del Congreso católico.

¿Por qué?

«Porque cada vez está más desengañado de los procedimientos pacíficos y más contento de haber sido el primero en recomendar la urgente necesidad de una cruzada para el restablecimiento del poder temporal del Papa.»

¡Eso, eso! Así deben ser los hombres,
ora el soneto, ora la espada,

pero nada de paños calientes.

Al fin, gracias á Dios, parece que ha parecido el expediente que se había perdido en el Ayuntamiento. Pero no hemos recibido la noticia con la alegría que era de esperar, porque en las cuestiones municipales hemos adquirido un escepticismo desconsolador, y tanto nos da por lo que va como por lo que viene.

El mejor día nos dice un concejal:

«No les choque á ustedes encontrarse con que no están empadronados, porque es que yo, distraído, cogí el padrón y lo vendí al peso, creyendo que aquello no servía para nada.»

Y nos reimos de la ocurrencia.

El litógrafo D. José M. Mateu ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar del cartel-programa que para las fiestas organizadas por el Círculo de la Unión Mercantil se ha tirado en sus talleres.

Es precioso. Damos las gracias al Sr. Mateu y le felicitamos sinceramente.

El amigo Bofill ha estrenado con gran aplauso en el Teatro de la Princesa un arreglito del francés.

La obra, como llevo dicho, obtuvo un buen éxito y no me queda más remedio que felicitar al crítico de *La Época*, privándome de darle el palo que le había ofrecido para que supiera lo que eran mieles.

Pero, en fin, otra vez será, ¿eh?

Porque, ya se sabe, en el querer y el estrenar, todo es empezar.

El lunes próximo se pondrá á la venta un libro de nuestro redactor Juan Pérez Zúñiga. Se titula *Guasa viva* y contiene, además de las más selectas composiciones en prosa y en verso de nuestro querido compañero, un prólogo de *Clarín*, un epílogo de Luceño, dibujos de Cilla, *Mecachis*, Rojas y Gros y fotograbados de Laporta.

El precio de cada ejemplar es 3 pesetas, y pueden hacerse pedidos de la obra á la Administración de este periódico.

Deseamos al nuevo libro tanta aceptación como se merece, y es bastante desear.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Tolichón.—Hay muchos versos mal medidos, y otros muchos mal acentuados. Sin contar con que el asunto tampoco merece otra cosa.

Sr. D. R. T. F.—Madrid.—Bastante mediana. ¿No se ha fijado usted, además, en que Mariás (plural) no puede ser consonante de día (singular)?

Un quinto en observación.—Los versos son los que no necesitan observación. Desde luego se les puede dar de baja por enfermos.

Pepito Poquitacosa.—Sí que es poquita cosa y vulgarcita, lo cual es una lástima, porque no está mal hecha del todo.

Mister Wills.—De hacer cantares, hay que darlos alguna novedad, porque si no, más vale dejar al pueblo que los haga á su gusto.

Emir Geofat.—Muy bien... para el álbum de la interesada.

Araña.—Eso... ni para el álbum, ni para el abanico, ni para ninguna parte.

K. rra Q. K.—Sí, hombre: no hay inconveniente. Venga ó mande por ellos y se le cobrarán á precio corriente. ¡No faltaba más!

Un pájaro frito.—El cuento *en sí*, es viejo, y la forma en que usted lo ha contado no es todo lo correcta que el reglamento exige.

¿Y ahora?—Ahora... peor que antes. El chiste es viejo y la forma mala... ¡Conque ayúdeme usted á sentir!

Sr. D. M. R. y A.—¡Ay, no! Nada es publicable.

En un lugar de la Mancha.—Ello mismo lo dice: las seguidillas incongruentes han pasado de moda. ¡Y no están mal hechas, caramba! ¡Lástima de tiempo perdido!

Sr. D. M. P.—Tampoco está mal del todo; pero no es de la índole del periódico, como usted comprenderá, á poco que se fije.

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.
Libertad, 16 duplicado, bajo.

ANUNCIOS

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

Aunque está el Centenario
muy aburrido,
¡vaya! no me arrepiento
de haber venido,
porque estos días
he visto lo que valen
Las Tullerías.
Matute, 6.



Aparta, Manuel, aparta,
no me pidas que te bese
si no te limpias la boca
en casa de *Tirso Pérez.*
Mayor, 73.



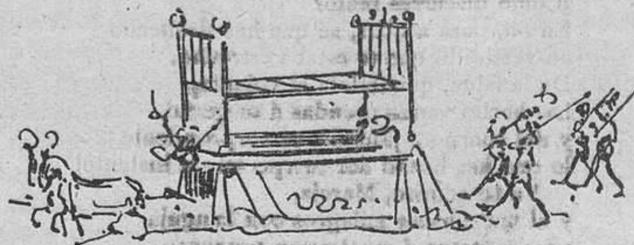
—¿Por qué iba sin pantalones
Adán en el Paraíso?
—Pues... porque el sastre *Pesquera*
no se había establecido.
Magdalena, 20.



¡No hay dicha mayor,
no hay mayor placer
que tomar *cognac*
fino de Moguer.
Sobrinos de Guinea,
Carretas, 27.



—¿Por qué arman los estudiantes
tal barullo y alboroto?
—Porque quieren comprar *foto-*
grafías interesantes.
(Catálogo, 50 céntimos en sellos, dirigidos á
The Publishing Office.—Amsterdam.)



Habrà en la cabalgata bastantes cosas,
pero sería acaso más admirada
si en ella figurasen camas preciosas
del *Bazar de la plaza de la Cebada,*
Número 1.



Para encontrar la alegría
uso un sistema económico:
bebo dos copas al día
del añis del *MADRID CÓMICO.*
Vicente Lóbez.—Zaragoza.



Venid, comprad camisas,
que son tan buenas
que se venden al día
dos mil docenas.
Martínez.—San Sebastián, 2.

Biblioteca del MADRID CÓMICO

FÁBULAS Y CUENTOS

por JOSÉ ESTREMERÁ
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS

Colección de composiciones de
J. LÓPEZ SILVA
Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA

Versos de SINESIO DELGADO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

Album de cincuenta cartulinas,
 encuadernado en tela.
 Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDI

por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA
Precio: 3,50 pesetas.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID